

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SUPLEMENTO AL NÚM. 755 DE A B C



SE PUBLICA TODOS LOS SABADOS

AÑO II

MADRID, 29 DE JUNIO DE 1907

NUM. 23



EL ZAPATERITO

CONTINUACIÓN

Guillermo, sacando fuerzas de flaqueza, explicó en un lenguaje rancio y animado el móvil que le había onducido.

El Sr. Werder era hijo del profesor que Guillermo había visto dos ve-

ces entre sus libros, y estaba casado con la primogénita de un acaudalado comerciante que también habitaba en Berlín. Ese comerciante fué el que le arrojó el duro el día que se le cayeron los zapatos al barro. Clara, su nieta,



Gente Menuda

nabía ido aquel día á verle, y salió á la ventana con su muñeca, para mirar al dichoso aprendiz. Más tarde, su abuelo la dió las botitas que, agradecido, Guillermo tiró al cuarto desde la calle.

El Sr. Werder gozaba de una posición muy desahogada. Tenía tres hijos bajo la tutela de un preceptor y una aya. Los mismos que Guillermo había visto en el salón de estudio. El padre en persona les daba lección de dibujo. Tres veces á la semana se reunían en su estudio. Jorge dibujaba del yeso; Clara, paisaje, y Angelita, lineal.

Guillermo acabó su relato, y el pintor le hizo algunas preguntas respecto á sus antecedentes y posición actual, interrumpiéndoles Jorge, que abrió la puerta, gritando:

—Papá, ¿no quieres desayunarte? Mamá está sentada á la mesa.

—Acércate, hijo—dijo el Sr. Werder.—Aquí tienes al que se encontró la víspera de Nochebuena el dinero que perdiste; lo he conocido por su relato; ya nos habló de él el sereno al traernos la bolsa. Tú prometiste hacerle un regalo; á ambos nos debe dar vergüenza haberlo olvidado, y por consecuencia hay que reparar la falta. Ante todo, di á mamá que tenemos un pequeño convidado.

—Ahora voy.

—¿Quieres tomar café con nosotros, hijo mío?—dijo volviéndose hacia Guillermo.

Ante la idea de un buen desayuno, las mejillas del jovencillo se colorearon; á la vez pensó en su maestro, y dijo balbuceando:

—Gracias, caballero, me reñiría mi tío; ¡es ya muy tarde!

—Le avisaré —replicó el señor Werder.

En efecto, llamó á un criado y le encargó que fuera á casa del zapatero N... á decirle que su aprendiz estaba en la suya, y que le suplicaba le dejase allí una hora solamente, y que él mismo le llevaría después.

El pintor entonces agarró al niño de la mano y lo introdujo en el comedor; la señora de la casa le recibió como á un amiguito. Clara y Angelita le examinaron con la curiosidad propia de sus pocos años. Se sentaron alrededor de una mesa de familia. Guillermo se colocó entre Jorge y su padre. La señora Werder le sirvió un tazón de café, un bollo de leche y varios bizcochos. ¡Magnífico regalo para el pobre huérfano!

Guillermo bebía lentamente el café; apenas echaba los bizcochos en la taza, cuando á cucharadas los devoraba con notable placer. En cuanto al tostado bollo, no cesaba de darle vueltas entre sus manos, sin atreverse á partirle, mirando á los Sres. Werder, como si tuviera que pedirles algo. Quisieron hacérselo comer, pero movió la cabeza negativamente. Los otros niños habían concluido ya con el suyo; él, sin embargo, le miraba apurado, sin resolverse á darle el mismo destino que á los bizcochos. Después de reiteradas instancias, dijo:

—Quisiera guardarle para Luisita.

—¡Luisita!—exclamaron todos con asombro;—¿quién es Luisita?

Al expresar Guillermo su deseo había desaparecido su pueril temor; por consiguiente, contó cuanto sabía de su amiguita. Los tres hijos del pintor escucharon atentamente, y los últimos detalles concernientes á su abuela no hicieron sino aumentar sus simpatías por Guillermo.

—¡Echemos un guante para Luisita!—exclamó Jorge.

—Todos los días la enviaremos comida—dijo Clara.

—Creo que también podríamos mandarla café por medio de Guillermo—añadió Angelita.

Aceptada esta última idea por unanimidad, Clara se levantó para buscar una botella, y la señora Werder mandó que echaran en ella el café, con su correspondiente leche y azúcar. Ade-



más, se autorizó á cada uno de los niños para que pusieran un bollo de leche en una cestita, y Guillermo fué el encargado de llevarla á su destino.

—Todo está perfectamente—dijo el Sr. Werder,—pero Jorge debe ir pensando en pagar su deuda. Al volver de casa de su abuelo la víspera de Nochebuena, perdió la bolsa que contenía todos sus ahorrillos; aún tenía en ella la moneda de oro que le había regalado mi padre. ¿Qué decías, Jorge, cuando notaste la pérdida?—prosiguió el pintor volviéndose hacia su hijo.

—Dije—respondió vivamente Jorge—que daría toda la plata al que me devolviera la bolsa, pues quería conservar únicamente la moneda de oro de mi buen abuelo.

—Y no has cumplido tu promesa—continuó el Sr. Werder.—¿Qué buen empleo hubiera dado Guillermo á ese dinero, regalándoselo generosamente á la niña del carpintero y á su abuela!

—Le ofrecí el dinero al sereno—respondió confuso Jorge,—pero no quiso aceptarlo, á causa de no ser él quien encontró la bolsa.

—Pero te habló del jovencito que la tenía, y entonces te propuso que averiguaras su paradero. Luego se me olvidó recordártelo; por tanto, debemos pensar en los medios de realizar la reparación que debemos á Guillermo de la manera más conveniente.

Algunos días después dirigía Guillermo á su amigo Julio la siguiente carta:

«Querido amigo: Vuelve al cementerio y dí á mi madre que al fin voy á ser pintor. Hace algún tiempo que aprendo dibujo en casa del caballero que pintó el monje de que te he hablado. ¡Figúrate si seré dichoso! Pero es necesario que sepas cómo ha ocurrido. El caballero que iluminó la copia de la tumba de mis padres es un gran pintor; le he vuelto á ver, y ese mismo es quien me da lección.

»Ha hablado á mi tutor, y le ha decidido á que me envíe al colegio,

adonde voy todos los días. A la salida, me dirijo á casa del Sr. Werder, quien me hace dibujar en el cuarto donde está el cuadro del monje. Sólo al medio día trabajo en mi oficio.

»El Sr. Werder dice que me observará dos ó tres años. Y si obedezco á mi maestro, soy activo y laborioso en mi oficio, en la escuela y en las lecciones de dibujo, entonces verá si tengo una vocación real para la pintura, y si vale la pena que me consagre por completo á ese divino arte.

»Por consecuencia, si el Sr. Werder



creo que puedo ser algún día un artista notable, no agarrarán mis manos más botas que las mías; si, por el contrario, considera que nunca pasaría de ser una medianía, me diré: *zapatero, á tus zapatos*.

»¡Ah, querido Julio, cuánto voy á trabajar! Me someteré gustoso á todo lo que mi maestro exija, y si el desayuno ó la comida no son suficientes, me tendrá sin cuidado, pues ya estoy henchido de alegría.

Concluirá.

EL BAROMETRO

Este aire que respiramos forma alrededor de la tierra una capa de cerca de cien kilómetros de espesor, que es lo que llamamos atmósfera. Esta masa de aire pesa sobre todos los cuerpos que están en contacto con él, y esto es lo que distinguimos con el nombre de presión atmosférica, la cual es bastante considerable, pues se calcula que equivale al peso de unos 10.000 kilogramos por metro cuadrado de superficie.

El cuerpo humano, así como el de los animales, está organizado y dispuesto de tal manera que puede soportar perfectamente esta presión, que no impide los movimientos, por lo mismo que obra en todos sentidos.

La demostración científica de esta presión fué obra de Torricelli, discípulo de Galileo y sabio catedrático italiano que á mediados del siglo XVII descubrió el barómetro.

Si se llena de mercurio un tubo de vidrio de un metro de largo, y tapando el extremo abierto con un dedo se sumerge el tubo invertido en una cubeta que contenga también mercurio (figura 1.^a), se ve descender el líquido y detenerse á una altura de 76 centímetros por encima de la del nivel del mercurio contenido en la cubeta (fig. 2.^a).

Este fenómeno se debe á que el líquido de la misma sufre la presión atmosférica y sostiene en equilibrio dentro del tubo una columna cuyo peso produce una presión equivalente.

Si estuviera abierto el tubo por ambos lados, la columna descendería á la cubeta de tal suerte, que su nivel fuera el mismo,

pues la presión del

aire sería la misma dentro de él que fuera. Este tubo de que hemos hablado, lleno de mercurio y metido verticalmente en un depósito por su lado abierto, es precisamente el barómetro.

La atmósfera de la tierra está en una agitación continua, debido especialmente á las distintas temperaturas que reinan en los distintos puntos del planeta, y por esto en unos lados es más denso el

aire y en otros es más ligero. De este modo la presión atmosférica es varia; estas variaciones se aprecian por la distinta altura que alcanza la columna mercurial en el barómetro.

Cuando el tiempo es bueno y seco, la columna barométrica suhe y puede

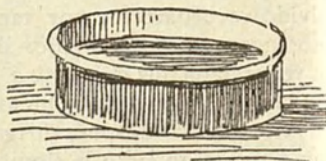
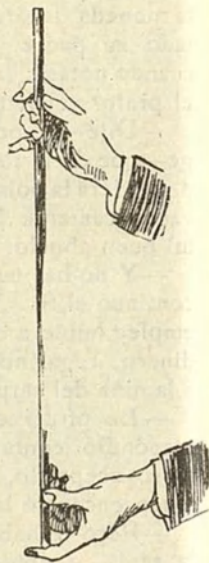


FIG. 1.^a

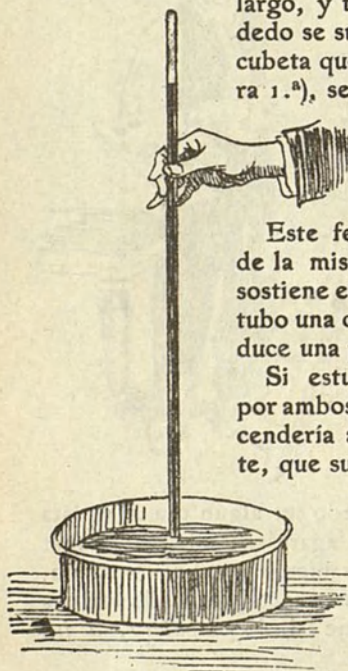


FIG. 2.^a

Gente Menuda

llegar hasta á 79 centímetros; cuando, por el contrario, el tiempo es húmedo ó tempestuoso, el barómetro descende á veces de un modo considerable.

Bueno es advertir desde luego que los cambios de tiempo no siempre dependen de la mayor densidad de la atmósfera, por lo cual no puede saberse, por el solo hecho de que el barómetro suba ó baje, si ha de llover ó no. El barómetro es una de las indicaciones, pero no la única para predecir el tiempo. Su verdadero objeto es la medida de la presión del aire. Como la presión varía según la altura, se aplica el barómetro también para calcular la elevación del sitio en que nos encontramos. Cuanto más se sube, menos presión encontramos, como puede comprenderse, pues parte del aire queda por bajo de nosotros y el barómetro descende por lo tanto. En la cima del Mont-Blanc la altura de la columna barométrica no pasa de 48 centímetros, y si fuera posible subir al límite de nuestra atmósfera, veríamos que la columna había entrado por completo en la cubeta.

En la tablilla sobre la que se coloca el tubo del barómetro se señala una escala (fig. 5.^a), y observando los sitios en que se encuentra el nivel de la columna mercurial en determinados estados de la atmósfera, se ponen las indicaciones: «Buen tiempo.» «Variable.» «Lluvia ó viento.» «Tempestad.»

Además de este sistema de barómetros, en los que el mercurio es lo esencial, los hay de otras clases, entre las que citaremos los llamados aneroides (fig. 3.^a).

En éstos no es la columna subiendo ó bajando la que indica la distinta presión del aire, sino el metal de una caja acanalada, muy flexible para deprimir más ó menos el centro de su fondo (fig. 4.^a), ó bien de un tubito de metal de paredes muy delgadas, cerrado y vacío de aire y encorvado en forma de media luna para alejar más ó menos sus extremos.

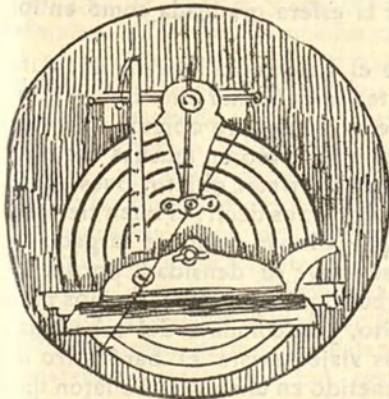


FIG 4.^a

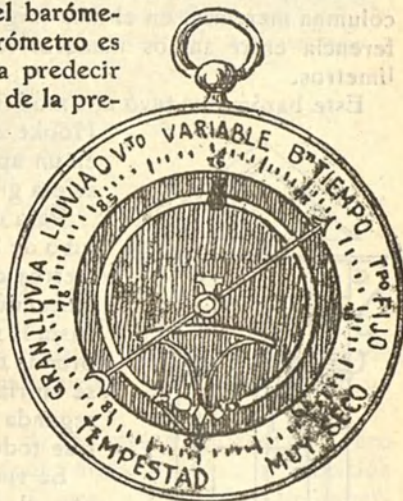


FIG. 3.^a

El aparato, al variar, pone en movimiento una aguja que sobre un cuadrante va marcando las indicaciones del tiempo antes citadas y una escala numerada en que está dividida la circunferencia de la muestra ó esfera.

La primera idea del barómetro aneróide se debe á Conté, que durante sus ascensiones aerostáticas en Egipto, desesperado de las violentas oscilaciones de la columna mercurial, inventó una caja metálica vacía del tamaño de un reloj de bolsillo. El verdadero inventor del aparato fué Mr. Vidi, de París, que lo hizo tan notable por los principios científicos de su construcción y por lo primoroso de su mecanismo.

El barómetro llamado *de sifón* es un tubo

Gente Menuda

de cristal de dos brazos encorvados y desiguales; el más corto está abierto y recibe la presión del aire, en tanto que el más largo está cerrado y mide una altura de cerca de 80 centímetros. Fué su inventor el gran Pascal.

Este aparato tiene dos escalas, una para cada brazo. Se toma la altura de la columna mercurial en el más largo, y de ella se resta la del más corto. La diferencia entre ambos números representa la presión del aire valuada en milímetros.

Este barómetro tuvo una modificación, inventada por el físico inglés Roberto Hooke en la segunda mitad del siglo XVII, que consiste en un aparato que mueve una aguja que recorre una esfera graduada.

Para construir un barómetro de mercurio se toma un tubo de 80 centímetros de largo y cinco ó seis milímetros de diámetro interior, cerrado en una de sus extremidades. Llénase de mercurio próximamente hasta la mitad, y después se calienta para que se desprenda del aire y la humedad que contenía. Cuando se enfría el mercurio, se llena y se hace hervir esta segunda columna sin calentar la anterior, y así se extrae todo el aire y toda la humedad.

Se vuelve después hacia abajo la abertura, tapada con el dedo, y se introduce en la cubeta llena de mercurio bien seco. Se fijan ambos en una tabla vertical con una escala graduada por milímetros.

El aparato que se llama barómetro de esfera funciona del modo siguiente:

Sobre el mercurio del brazo corto flota un cilindro de hierro exactamente equilibrado por un peso y atado á un hilo que se arrolla sobre una polea. Cuando el mercurio sube ó baja hace girar la polea en uno ú otro sentido, y por consiguiente, la aguja que está sujeta á la polea gira también con ella y va recorriendo la circunferencia graduada.

Todo el mecanismo se oculta dentro de una caja, quedando sólo visible la esfera graduada como en los relojes de pared.

Decíamos antes que el barómetro no es la única indicación que hay que tener en cuenta para las variaciones del tiempo, y que su verdadero objeto es la medida de la presión del aire; pero en muchas casas se tiene exclusivamente con el primer objeto, pues gene-

almente un aire muy seco y una atmósfera muy serena, es decir, el buen tiempo, hacen subir la columna barométrica, mientras que la lluvia ó un aire cargado de humedad le hacen bajar. Un aire húmedo disminuye su densidad, porque el vapor de agua es más ligero que el aire y, por consiguiente, ejerce menos presión sobre el mercurio contenido en el depósito, y la columna del tubo baja.

Para las observaciones barométricas en los viajes existe el barómetro de Fortin. El tubo que contiene el mercurio está metido en una vaina de latón que permite ver por un agujero, practicado en su parte superior, la columna mercurial, y allí está colocada la escala para medir su altura.

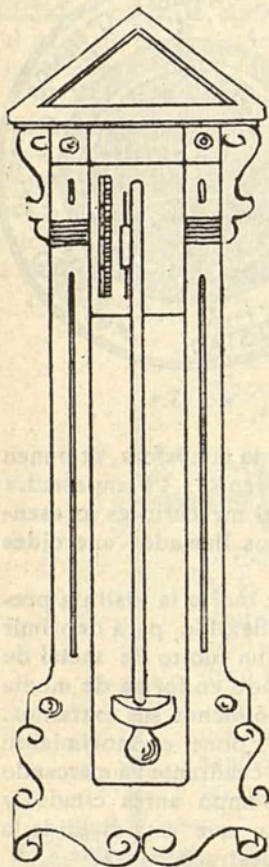
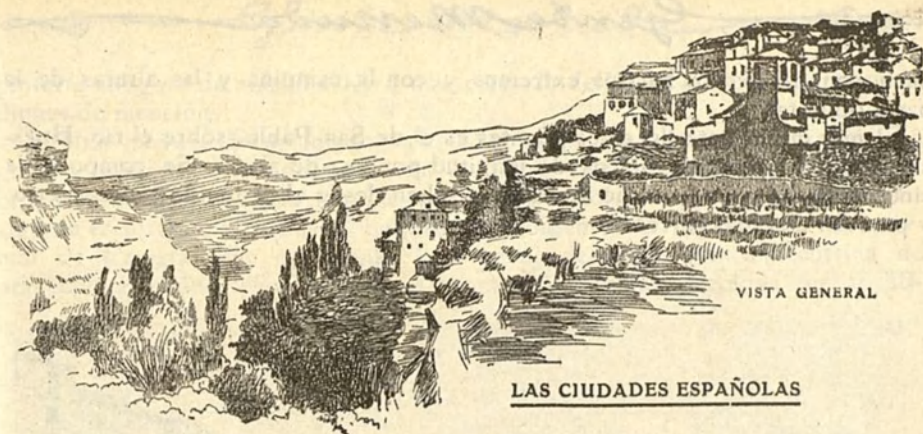


FIG. 5.ª



CUENCA

En la serranía de su nombre, y entre los ríos Júcar y Huéscar, está situada Cuenca, que, construída en terreno sumamente quebrado, ofrece un original y pintoresco aspecto.

Se cree que existía ya en los tiempos de la dominación romana, pero lo que está fuera de duda es que en la época árabe existía una población fortificada, muy importante, con el nombre de Conca, y regida por un gobernador á nombre del Emirato de Córdoba.

Durante el Emirato de Toledo pasó Cuenca á pertenecer á este nuevo reino, y fué después una de las ciudades que formaron el dote de la mujer de Alfonso VI, Zaida.

Volvió á poder de los árabes, y después de la conquista de Toledo fué recuperada por los cristianos. Nuevamente se apoderaron de Cuenca los moros, después de la batalla de Uclés, y hasta el tiempo de Alfonso VIII no fué reconquistada definitivamente.

Un largo sitio de nueve meses costó al vencedor de las Navas apoderarse de esta fortificada ciudad, y su conquista le valió importantes fronteras y extensos territorios en la serranía.

Durante la guerra de Sucesión se declaró del partido de Felipe contra el archiduque de Austria, y sus tropas, que mandaba el general Hugo de Wildaham, oficiales de Felipe V, organizaron sus milicias, y dirigida por ellos la resistencia, se sostuvieron valerosamente hasta que tuvieron que rendirse por capitulación. Felipe V la reconquistó algunos meses después.

En la guerra de la Independencia sufrió muchísimo, pues fué bárbaramente saqueada por la soldadesca francesa, que cometió en Cuenca toda clase de horrores. También padeció bastante en la última guerra carlista, cuando la invadieron las facciones del Centro á las órdenes del hermano de D. Carlos.

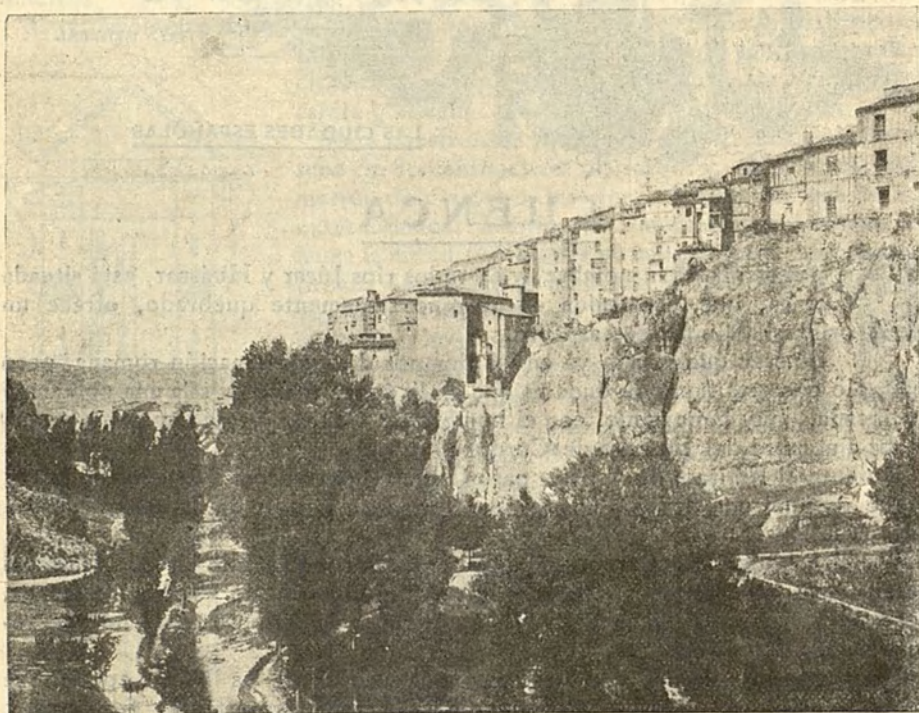
Cuenca fué cuna del cardenal Gil de Albornoz; de los grandes capitanes Marqués de Cañete, Diego Valera, Covarrubias y Francisco de Mendoza; de los poetas Cortés y Villaviciosa; del arquitecto D. Francisco de Moray; del intrépido navegante Alonso de Ojeda.

El panorama de la ciudad desde las alturas vecinas es, como hemos dicho, sumamente pintoresco. Las casas y agudas puntas de sus torres se destacan sobre las ruinas de sus viejas murallas y los peñascos, y sobre los profundos barrancos, por donde corren los ríos que le circundan, elevados puentes la

Gente Menuda

anen con los nuevos barrios extremos y con la campiña y las alturas de la parte opuesta.

El más importante de estos puentes es el de San Pablo, sobre el río Huéscar, el cual mide 900 metros de longitud por 144 de altura. Se compone de cinco arcos de 40 metros de altura, que suben desde el profundo cauce del río, y parecen elevadas torres.



VISTA DESDE EL PUENTE DE SAN PABLO

El más importante de sus edificios es la catedral, que se comenzó á construir en el siglo xii y se terminó en el siguiente. Es de estilo gótico, y se compone de tres naves, desde la entrada hasta el crucero, y un semicírculo después, formado por las dos laterales y otras cinco más, que rodean reunidas el altar mayor. Tiene elevada torre con dos relojes, uno para el interior del templo y otro para el exterior.

Gran número de bellezas encierran sus capillas. En la de la pila bautismal tiene una buena escultura de su retablo; la de los Apóstoles, de piedra blanca, es de bastante mérito; la del Sagrario es toda ella de jaspes, con dos retablos de madera de orden corintio.

La sacristía, con excelentes armarios de nogal, hermosas pinturas y bellos ornamentos de oro y plata. La sala capitular, con sillería y pilastras de orden jónico, un apostolado con grandes figuras sobre la cornisa, magnífica fachada de cuatro columnas en su segunda puerta, y excelentes esculturas.

La capilla de los Caballeros y de los Albornoques, con fachada primorosamente labrada en piedra y muy buenos sepulcros, y la de la Asunción, con

Gente Menuda

pinturas antiguas de mucho valor y una verja de delicadas labores, son también dignas de mención.

El altar mayor, construido en mármol y jaspes de colores, trabajados con gusto y esmero, está adornado con bronce. Cuatro grandes columnas de orden corintio y de jaspe morado con manchas blancas ostentan entre ellas algunas esculturas, y realza la belleza del conjunto un bajo-relieve de mármol de Carrara, que representa la Virgen, decorado con una cortina de perspectiva de ángeles y serafines. Corona este altar un precioso cuerpo áti-



ORILLAS DEL JUCAR

co, que se atribuye, como toda la obra, al famoso arquitecto Ventura Rodríguez.

Cerca del altar mayor se encuentra el de San Julián, llamado también *el Transparente*, todo él de jaspes con muy bellas columnas. Da fantástica luz al sepulcro del santo, en una urna cubierta de plata, un gran hueco con una reja de dorado bronce.

Dos grandes columnas de estilo corintio que sostienen un arco semicircular, forman la entrada del claustro, adornada con multitud de esculturas y relieves de extrañas y caprichosas formas y con dos grandes estatuas. El interior del claustro es de estilo dórico, de forma cuadrangular, y tiene cuatro galerías con cinco arcadas en cada una de ellas, y columnas resaltadas.



EL TEATRO DE LOS NIÑOS

¡UN TRONERA!

COMEDIA EN UN ACTO

(CONTINUACIÓN)

ESCENA V

DICHOS y JULIA

- JULIA. ¡Ay, Matilde de mi alma!
 MAT. ¡Lo sabes ya?
 JULIA. Ya lo creo.
 Papá me enseñó la carta de Javier, y hace un momento he visto llegar al propio que trajo la del colegio.
 MAT. ¿Y sabes tú si lo dicho por Javier resulta cierto?
 JULIA. Sin duda, porque mi padre según estaba leyendo exclamó: «¡Que venga ahora Matildita á defenderlo! ¡Ya se escapó!»
 MAT. ¡Se ha escapado!
 CANUTO. ¡Se ha escapado!
 MAT. ¡Yo me muero de pena!
 (Se abraza á Julia llorando.)
 JULIA. Vamos, Matilde, animo.
 MAT. No, yo no puedo resistir este disgusto.
 CANUTO. (Muy conmovido.) Tengamos calma. ¡Qué cuerno! ¡Quién sabe! ¡Después de todo! ¡Ya se ve...! En fin... ¡Yo me en- [tiendo!
 JULIA. ¿Qué dices?
 CANUTO. No digo nada ¡y digo mucho! ¡Porque eso de que el chico me lo pongan como un trapo siendo bueno! ¡Bueno?
 JULIA. ¿Bueno? ¡Eso creíamos...!
 MAT. ¡Bueno? ¡Eso creíamos...!
 CANUTO. ¡Pues ahí tenéis! Yo aún lo creo.
 JULIA. ¿Por qué, Canuto? (Con ansiedad.)
 MAT. ¿Por qué?
 CANUTO. (Llorando también.) ¡Pues... por... por... porque le [quiero!
 ¡Ea! y me voy ahora mismo á buscarle.
 MAT. ¿Adónde?
 CANUTO. Al... ¡Eso es lo que yo me pregunto! ¿dónde iré yo á recogerlo? (Mirando por una de las ventanas.)
 ¿Eh? ¿qué quiere este hombre?
 JULIA. ¿El propio?
 CANUTO. ¿Que me acerque? Ya me acerco. (Canuto habla por la ventana.)
 Ah, sí... ¡Por vida del chápиро!
 MAT. }
 JULIA. } ¿Qué ocurre, Canuto?
 CANUTO. (Sale corriendo.) ¡Vuelvo!
 MAT. ¡Si ocurrirá algo más grave todavía...!
 JULIA. ¡No pensemos en lo peor! Es preciso tener calma... (Tan agitada como su prima.)
 Te agradezco tus consuelos, prima mía,



Gente Menuda

pero veo al mismo tiempo,
que estás tú tan intranquila
como yo en este momento.
JULIA. Es verdad. ¿A qué negarlo?
Como las dos le queremos,
las dos estamos temblando...
MAT. Calla... Alguien viene.
CANUTO (*Entrando.*) ¡Silencio!
MAT. ¿Qué?
JULIA. ¿Qué pasa?
MAT. Habla, Canuto.
CANUTO. Venid aquí, que es secreto.
(*Las dos niñas se acercan.*)
Ese hombre...
MAT. }
JULIA. } ¿Qué?
CANUTO. (*Con misterio.*) Me ha contado
que á media legua del pueblo,
al entrar en la Alameda...
junto al molino acitero...
MAT. Acaba por Dios.
CANUTO. Ha visto
á Federiquito.
MAT. ¡Cielos!
JULIA. ¿De veras?
CANUTO. Le ha preguntado.
si traía del colegio
algún recado, y el hombre
le dijo que sí, y que luego
le contó lo que decían
de él, que no era nada bueno,
y que Federico entonces
contestó que no era cierto.
MAT. ¡Pues entonces...!
CANUTO. Pues entonces
es lo que dijo este viejo.
¡Que es inocente!
LAS DOS. ¡Inocente!
CANUTO. ¡Inocente! ¡No hablo en griego!
MAT. Entonces si no es culpable
¿por qué se escapó?
CANUTO. ¡Por eso!
Porque iban á castigarle
sin motivo.
JULIA. No lo entiendo
CANUTO. Ya veréis como él lo explica.
MAT. ¿Va á venir?
CANUTO. Voy yo á traerlo.
JULIA. ¡Ay! yo no sé si es prudente.
Mi padre tiene ese genio
y está furioso con él...
MAT. No oirá sus disculpas.
CANUTO. ¡Bueno!
No vendrá aquí hasta que pase
el chubasco. Yo lo meto

en el pabellón del guarda
por lo pronto, y ya veremos.
La cosa es que no ande errante
y es posible que hasta hambriento
Como un criminal huido.
¡Lo primero es lo primero!
(*Vase Canuto*)

ESCENA VI

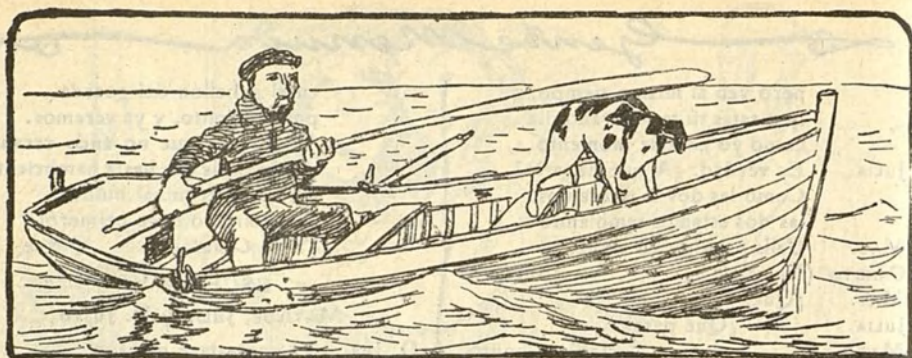
MATILDE, JULIA y D. JUSTO

D. Jus. Ya contestaré mañana,
pues tengo un disgusto tal,
que no tengo suficiente
calma para contestar.
JULIA. Yo no salgo de mi asombro.
No le creía capaz
de cometer esas faltas,
D. Jus. Pues yo sí.
JULIA. Pero papá.
¿No era bueno Federico?
D. Jus. ¡Era... era...! Era un rapaz
aturdido, arrebatado...
MAT. Era su genio, es verdad,
pero en el fondo...
D. Jus. En el fondo
siempre fué un loco de atar.
¿Por qué le mandé al colegio?
¿Habéis olvidado ya
el vuelco del coche? Un coche
que me costó un díneral.



JULIA. ¿Por qué le dejó las riendas
si él no sabía guiar,
Perico, nuestro cocheró?
D. Jus. ¡Pues porque era un animal!
Por eso le despedí,
y no quise verle más.
¡Y al cocheró improvisado
le metí de colegial...!
Pero en fin, aquellas eran
diabluras y nada más.
Y éstas de ahora son crímenes.
JULIA. ¿Y si no fueran verdad?

(Continuará.)



EL PERRO VIEJO

Hay quien dice que es historia,
y quien afirma que es cuento;
cuento ó historia yo estimo
que es un saludable ejemplo.

Pues señor... éste era un hombre
aficionado en extremo
á la caza, que tenía

en gran estima á su perro,
y razón tenía el hombre
para estimarlo y quererlo,
porque el perro era notable
como listo y como bueno.

Algunos grandes señores,
encantados con su mérito,
hicieron proposiciones
ventajosas á su dueño;
pero éste, que le tenía
también en muy alto aprecio,
no quiso venderlo nunca
por mucho que le ofrecieron.

Fueron pasando los años,
y como el pícaro tiempo
no perdona en sus rigores
ni á los hombres ni á los perros,
Juan, que así se llama el hombre,
y *Canelo*, que era el perro,
se fueron poniendo torpes
y delicados y... viejos.

—¡Qué demontres!—exclamaba
Juan con un humor muy negro,—
ahora que me hace más falta
es cuando me sirve menos.

Ya tiene menos ciftato
y se encuentra medio ciego,
y en cuanto corre unas horas,
vuelve á casa medio muerto.

Y como cada vez era
más torpe el pobre *Canelo*,
llegó á decir enojado
á todos su ingrato dueño:

«¡Este chucho ya no vale
lo que cuesta mantenerlo!

Para colmo de sus males,
el pobre can cayó enfermo,
y ya ni poco ni mucho
hacía en el cazadero.

Juan decidió deshacerse
de aquel animal molesto,
sin recordar los servicios
que le prestó en otro tiempo;
pero no encontrando nadie
que quisiera un perro enfermo,
decidió resueltamente
matarle por cualquier medio.

Pensó primero ponerle
en la comida un veneno;
pero pensó en que serían
muy grandes sus sufrimientos.

¿Darle un tiro? No tenía
valor para hacerle fuego.

Y después de darle vueltas
á su plan, formó un proyecto:
llevarlo al mar en un bote
y echarle al fondo. En efecto,
hizo lo que se propuso;
pero le ató mal al cuello
la piedra, que cayó al fondo,
y quedó nadando el perro.

Juan, al ver que se venía
nadando el pobre á su encuentro,
se puso desesperado,

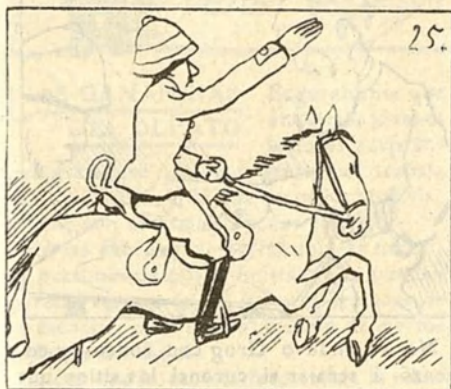
y por la cólera ciego
trató de hundirle, atontándole
á trastazos con el remo.

No acertaba á la cabeza,
ó no le daba bien recio,
pues siempre al lado del bote
seguía el pobre *Canelo*.

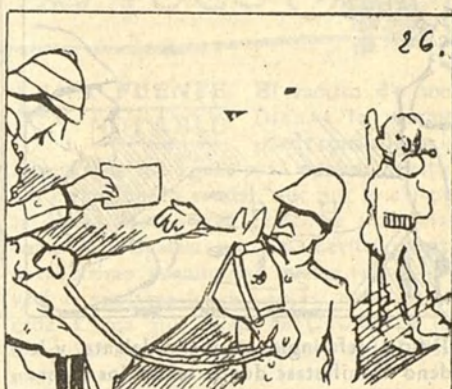
Redobló el hombre su furia,
sacudió con tal esfuerzo,
que perdiendo el equilibrio,
cayó al agua, y al momento
el perro llegó nadando
para salvar á su dueño.

AVENTURAS DE UN CENTINELA

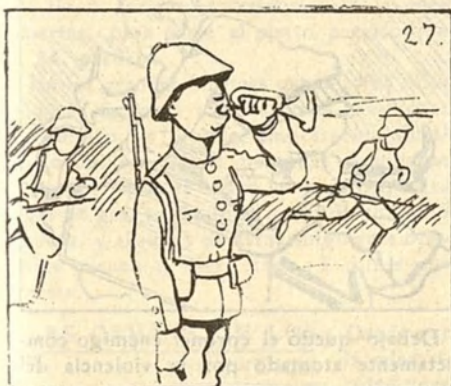
CONTINUACIÓN



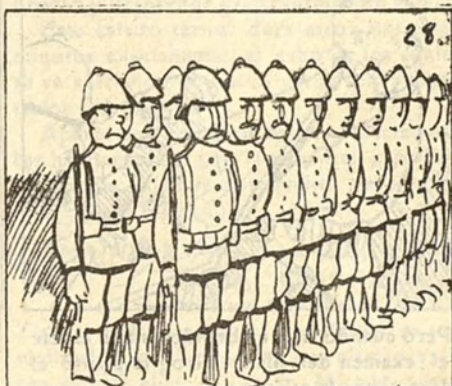
Ya se contaba Grog entre los difuntos cuando llegó un ayudante á escape, que mandó suspender la ejecución.



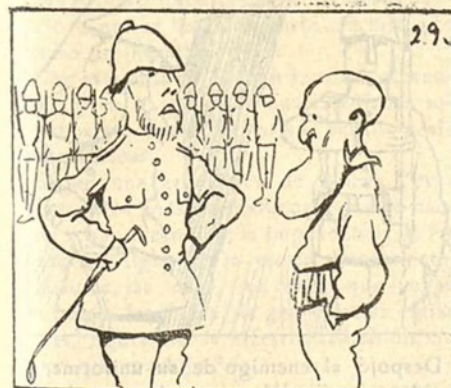
La suspensión obedecía á orden terminante del coronel, que el ayudante traía en un pliego.



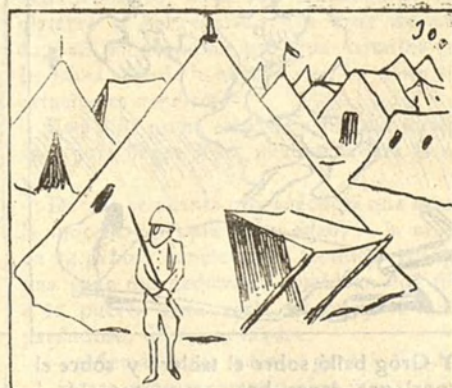
Grog, que apenas se daba cuenta de lo ocurrido, oyó el toque de llamada del cornetín.



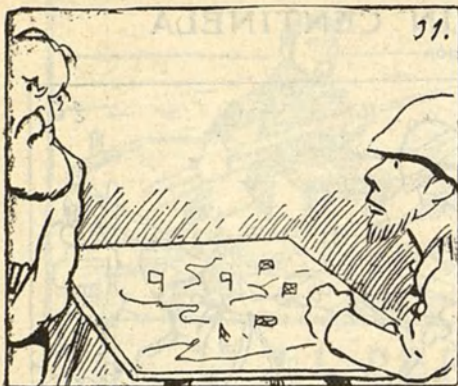
Y vió que los soldados se colocaban en correcta formación. A poco llegó el coronel.



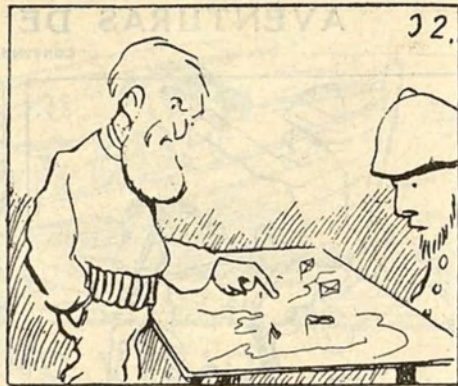
El cual vino derechamente á su encuentro y le interrogó sobre el origen de su prisión.



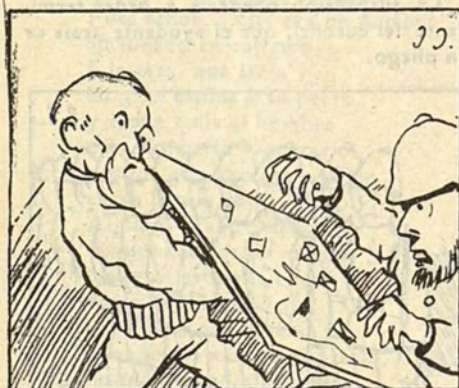
Tras varias preguntas le hizo entrar en su tienda de campaña para hablar en secreto.



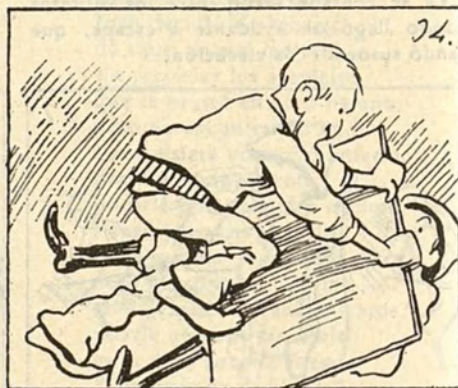
21. Puso el jefe inglés un plano delante, y le ordenó manifestase dónde tenían los boers sus posiciones.



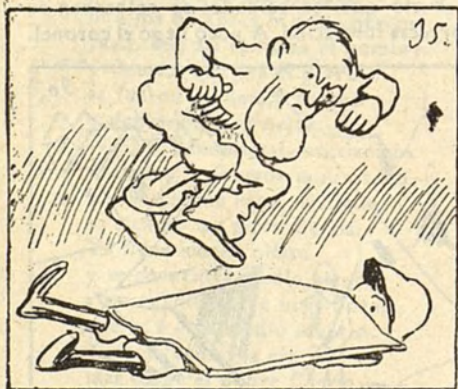
22. No se anduvo Grog con rodeos, y comenzó á señalar al coronel los sitios que tanto deseaba conocer.



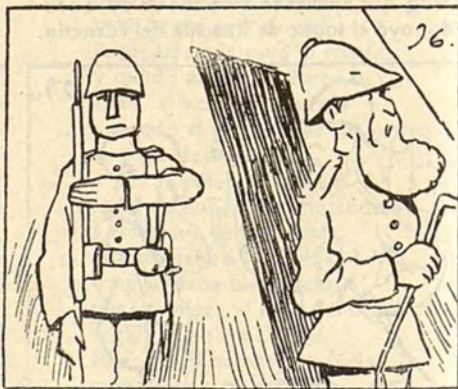
23. Pero cuando más embebido estaba el jefe en el examen del plano, Grog le plantó el tablero sobre la cabeza.



24. Debajo quedó el coronel enemigo completamente atontado por la violencia del golpe.

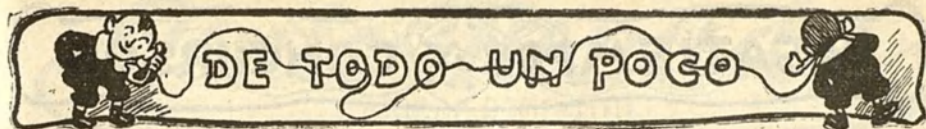


25. Y Grog bailó sobre el tablero y sobre el coronel una danza boer, muy parecida á nuestro tango.



26. Despojó al enemigo de su uniforme, y vestido con él salió muy serio y pasó por delante del centinela.

Continuará.



LAS GANANCIAS DEL OLFATO

Seguramente que á nuestros jóvenes lectores sorprenderá averiguar que hay gente que trabaja con las narices, y lo que es mejor todavía, se gana con ellas muy buenos cuartos.

En las fábricas de perfumería se necesitan personas de olfato finísimo que puedan apreciar con exactitud las proporciones de las esencias, para la combinación de ciertos perfumes delicados.

Dicen que la esencia favorita de la reina Alejandra de Inglaterra, es la violeta, y que una onza de esta violeta especial cuesta 250 francos.

Pues bien, en su preparación intervienen cinco narices profesionales de las más expertas, para darle el punto preciso que S. M. prefiere.

En las grandes fábricas ganan estos olfateadores de 100 á 150 francos á la semana.

También las grandes empresas de alumbrado público tienen personas destinadas á descubrir por el olfato las más pequeñas fugas de gas, pagándoles por cada una 1,25 francos, y algunos de estos singulares operarios vienen á sacar unos 15 duros por semana.

LAS CAUSAS DE LOS INCENDIOS

Desde que la electricidad tiene tantas aplicaciones en las industrias y en las casas particulares, como luz y como fuerza, se han producido bastantes siniestros al formarse lo que se llama un corto circuito que causaba un incendio.

Con este motivo se han tomado precauciones y se ha formado una estadística sobre el origen de los fuegos que resulta realmente curiosa.

Según una estadística de Nueva York, durante tres años los fósforos han sido causa de 2.952 incendios; la imprudencia de los fumadores sigue en la escala descendente, las estufas, las velas, los niños que juegan con fuego, las luces de gas y otras varias causas, figurando la electricidad en último lugar, que produjo 361.

Hay que tener en cuenta que en Nueva York precisamente tiene la electricidad numerosas aplicaciones

UNA FUENTE NOTABLE

El mérito de una fuente lo mismo puede consistir en la frescura de sus aguas para aplacar nuestra sed en su limpio raudal, que por lo caliente de las mismas que podemos utilizarlas como medicinales: pero el mérito resulta notabilísimo cuando una misma fuente sirve á la vez para las dos cosas, como le sucede á una que existe en Cawza, en las montañas de la Anatolia, ó sea en el Asia menor.

Esta fuente que es ligeramente ferruginosa, sale del manantial fresquísima durante cincuenta minutos seguidos, y después de este tiempo comienza á calentarse de pronto y desprende gran cantidad de vapor.

Este estado termal dura otros cincuenta minutos exactamente, al cabo de los cuales se va enfriando de nuevo y vuelve á su anterior frescura.

Aparte de lo curioso de este espectáculo, los habitantes del país la tienen en grandísima estima, pues la aprovechan para la bebida y para los baños.

UNA NIÑA PRODIGIO

La niña Vivien Chartres, hija de un redactor del *Times* y de la poetisa Annie Vivanti, es una violinista maravillosa. Críticos alemanes dicen que el alma del joven Mozart revive en ella.

En Viena ha dado conciertos con éxito extraordinario, y el rey Eduardo de Inglaterra la ha regalado una cruz de oro con su monograma por sus triunfos en Londres, donde la niña Vivien ha dado sus principales conciertos.

Esta niña no ha estudiado más que cuatro años para llegar á ser una verdadera maravilla.

De ella se cuenta una anécdota que revela la inocencia propia de su edad. A la salida de su primer concierto en Londres vió que una gran muchedumbre estaba en dos filas á la puerta para verla pasar, y la niña, parándose, dijo á su madre:

—¡Mamá, mira cuánta gente! Seguramente están esperando algo que va á pasar. ¿Quieres que nos aguardemos á ver lo que es?



PASATIEMPOS Y CONCURSOS

CHARADAS

- 1.^a La cosa está *una-segunda*,
y así *tres* lo mismo opino.
El *todo*, dice Facunda,
es un punto filipino.
- 2.^a Un *primera dos-tercera*
en la puerta de mi casa,
y en cuanto tocan la *todo*
ya me da la voz de alarma.
- 3.^a Tiene su *prima-dos*
cualquier *tres-cuarta*,
y mi *todo* en las armas
de fuego se halla.

CHARADA TRILINGÜE

Letra castellana

1.^a

Letra griega

2.^a

Letra árabe

3.^a

JEROGLIFICO

COMPRESIDO NUM. 1

Enero X Diciembre

CHARADA NEGATIVA

NEGACION NEGACION NEGACION

1.^a

2.^a

3.^a

CUADRADO ZOOLOGICO

* * * * * Cornúpeto.
* * * * * Aves.
* * * * * Anfibio.
* * * * * Mamíferos.

DICCION

Vocal
Guarismo
Punto cardinal
Nombre femenino
Conjunción disyuntiva

TRIANGULO

Formar un triángulo con 21 letras, de modo que horizontal y verticalmente se lea:
1.º, Apellido de un general español; 2.º, Tiempo de verbo en plural; 3.º, Traidor de un drama; 4.º, Envoltorio; 5.º, Tiempo de verbo en singular; 6.º, Letra consonante.

CHARADA NUMERICA

<u>2</u>	<u>2-r</u>	<u>2</u>
1. ^a	2. ^a	3. ^a

JEROGLIFICO

COMPRESIDO NUM. 2

O

ARREOS Y PRENDAS

MILITARES

TIARA . . .	Río.
CORONA . . .	Hueso.
MITRA . . .	Piedra.
. . . TOGA . . .	Calostro.
HOPA . . .	Divinidad.
FRAC	Desastres.
LEVITA . . .	Hijos de Aarón.
ZAMARRA	Pueblo.
ESPADA	Planta.

SOLUCIONES A LOS PASATIEMPOS
DEL NUMERO ANTERIOR

Al jerooglífico comprimido núm. 1: Cosa nunca vista.

A las charadas paganas: 1.^a, Lamias. 2.^a, Minos. 3.^a, Carón. 4.^a, Ceres. 5.^a, Eneas. 6.^a, Apolo. 7.^a, Calixto. 8.^a, Parcas. 9.^a, Marte. 10.^a, Egeria.

Al jerooglífico comprimido núm. 2: Postris
A la incógnita: Aurea.

Al anagrama núm. 1: Amós Salvador.

A la charada: Esponja.

Al anagrama núm. 2: Vulcano.